

bolo de una revolución, de un proyecto social o utopía, ni siquiera de aquella pasión de eternidad, que los humanos necesitamos para sobrevivir con dignidad.

Jesús de Nazaret es ese hombre que surge así desde abajo hacia arriba, desde la entraña de la humanidad hasta la presencia de Dios. Y precisamente ha sido lo que fue y sigue siendo lo que hasta nosotros es, porque siendo fruto de la tierra no se agotaba en ella, ni venía determinado sólo por el esfuerzo, genialidad, heroísmo o santidad de los hombres. En él era Dios mismo quien asumía nuestra humanidad y destino para vivirlos con nosotros. Jesús es la suprema posibilidad y promoción de lo humano porque es la encarnación de Dios. El ha llevado la humanidad hasta sus mejores posibilidades porque en Dios llevó su divinidad hasta el límite supremo de humillación, compasión y muerte con nosotros. En Jesús no hemos conquistado y retenido los hombres a Dios en dominación o en usufructo, sino que Dios mismo se nos ha dado saliendo al encuentro de los que no le buscaban, ofreciendo lo que ningún mortal se había atrevido a esperar de Dios.

Ese Jesús eligió a unos hombres, los hizo sus amigos, les reveló los misterios del Reino y los constituyó sus apóstoles. Junto a ellos otra inmensa muchedumbre le reconoció y quedó fascinada por su palabra, autoridad y forma de existencia.⁹ La experiencia hecha con él mientras vivía en este mundo se ha repetido a lo largo de los siglos. No ha habido un día ni probablemente una hora a partir de su muerte en que alguien no le haya recordado con amor, haya realizado los signos que él nos encargó celebrar en memoria suya hasta que vuelva y se haya vuelto a él para pedir amor y en el amor perdón de los pecados. «Lo decisivo en los documentos relativos a los orígenes del cristianismo es que se refieren a una persona, cuyo papel en la historia es rememorado. Porque el acontecimiento hacia el cual convergen todas las líneas de acercamiento que hemos seguido, bien visto desde dentro o bien visto desde fuera, no es un acontecimiento cualquiera del pasado, ya olvidado, y recuperado como podría serlo una tumba por medio de las excavaciones o un manuscrito desenterrado en una cueva. Es algo que la memoria de las sociedades más antiguas entre las supervivientes en el mundo occidental jamás han olvidado.»¹⁰

En Jesús los hombres han encontrado a Dios; los hombres se han encontrado con Dios; se han sentido encontrados por Dios. Por eso la relación con Jesús es incomparable con la que tenemos con ninguna otra persona o personalidad de la historia, porque a través de su personalidad nos sentimos encontrados por Dios y podemos nosotros en-

⁹ *La acción individual, el comportamiento permanente y el destino final de Jesús han suscitado una admiración, sorpresa, estremecimiento, temor y amor ante tal autoridad y soberanía. Textos que muestran la reacción de susto, turbación, espanto ante Jesús (ekplesesthai):* Mt 7, 28; 13, 54; 22, 23; Mr 1, 26; 6, 2; 7, 37; 11, 18; Lc 4, 32; 9, 43. *Estupefacción, maravillamiento, restar atónito (thambeisthai):* Mr 1, 27; 10, 24; 10, 32; Lc 5, 9. *Poner fuera de sí, sacar de razón, evitar, alejar (eksistasthai):* Mt 12, 23; Mr 2, 12; 5, 42; 6, 51; Lc 2, 47; 8, 56. *Admiración (thaumasein):* Mt 8, 27; 9, 33; 15, 31; 21, 20; 22, 22; Mr 5, 20; Lc 4, 22; 9, 43; 11, 14. *Espanto, susto, atemorizamiento, miedo (fobeisthai):* Mt 9, 8; 10, 31; Mr 4, 41; 5, 15. *Lo que los contemporáneos y discípulos sienten ante Jesús, en aquella extraña suma de cercanía y lejanía, de evidencia y enigma, de amistad y sustracción absoluta, de humanidad patente y de hundimiento en lo absolutamente distinto, remite a algo más que la admiración, fuente de la sabiduría según Platón y Aristóteles. Se acerca más a lo que la fenomenología ha descrito como la experiencia de lo Santo (R. Otto), y que en el cristianismo se concreta con contenido teológicos y soteriológicos propios.*

¹⁰ *Cf. H. Dodd, The Founder of Christianity (London, 1971), 16 (Trad. española: Barcelona, 1978).*

contrarle a Él. De esta forma se colma el supremo anhelo del hombre, que es carne y muerte: poder ver a su Dios, el Eterno, con los propios ojos, en la seguridad de que unos ojos que han visto a la Vida, ya no podrán sucumbir definitivamente a la muerte. Un poeta inglés, R. Browning, en un poema titulado *Saúl*, escribe:

Esta es la debilidad en la fortaleza por la que yo grito. Mi carne que yo busco en la Divinidad. La busco y encuentro. Saúl será un rostro como mi rostro el que te va a recibir: un Hombre como yo; tú le amarás y por él serás amado para siempre.¹¹

El inicio real de la existencia cristiana, que puede acontecer en un instante o que puede durar muchos años hasta que gestándose logre cristalizar, tiene lugar cuando uno descubre que en Jesucristo Dios nos encuentra, nos habla, nos reclama y nos requiere. Encuentro, palabra, reclamo y requerimiento a los que ya no podemos escapar sin escapar a nosotros mismos y sin perder nuestra propia identidad, porque ese abismo de realidad que hemos descubierto con Él ya nunca lo podremos olvidar o declarar inexistente. La seducción de Jesús es la fascinación que el Absoluto crea sobre los seres finitos, cuando se deja sentir no sólo como Poder lejano, Fuerza coactiva, o distancia generadora de soledad, sino como debilidad solidaria y potencia que subviene a los impotentes, amor que subleva, libertad que ensancha. Y eso se acepta no como teoría sino como hecho real cuando comprendemos que en Jesús Dios mismo participa nuestra vida en toda su concreción y nuestra muerte en todo su realismo.¹² Y ello no sólo para acrecentarlas con un número más de vivos y de muertos sino para reconstruirlas y redimir las desde dentro.

El cristianismo nunca ha comprendido la redención como el simple resultado de la solidaridad de Jesús con los hombres, compartiendo su muerte y su vida. Un vivo más entre los vivos no cambia la suerte de la vida; y un muerto más entre los muertos no invierte la potencia de la muerte. *Salvación tiene que ser de todo el hombre y de todos los hombres*. De todo el hombre que es carne y tiempo pero a la vez espíritu y eternidad; que tiene hambre de pan y de palabra, esperanza de tierra y anhelo de cielos; que se desvive luchando por una causa con dignidad y que sin embargo no quiere agotarse medido y limitado por esa causa. La salvación de ese hombre no puede ser «cosa» alguna ni posibilidad concreta limitada. La salvación sólo existe cuando existe la consumación del hombre entero. Tal consumación en el fin sólo es posible para quien le funda en el inicio, le sustenta en la marcha y le espera al final; justamente ofreciendo una respuesta de infinito a los deseos, esperanzas y memorias que alentaron esa vida.

¹¹ R. Browning, *Saul*, n 19 final, en *Poetical Works 1833-1864* (Cambridge, 1970), 370.

¹² *En la muerte de Jesús en la cruz está afectado no sólo su cuerpo o naturaleza humana sino toda su persona, es decir el Hijo y con ello el mismo Dios. La pasión de Jesús es en estricto sentido pasión y muerte de Dios. Le es infligida desde fuera y él desde dentro la sufre como nuestra, es causada por nosotros y en favor nuestro soportada; y así superada.*

«Toda teología, incluso hasta los ecos de la misma teología actual, que interpreta el dolor de Cristo referido sólo a la "parte inferior" de su alma, mientras que deja a su "parte superior" moverse en una misión celeste beatificante, quiebra su punta al drama de la redención. Dicha teología no ve que el Hijo en su unicidad y totalidad asume sobre sí la situación de un mundo alejado de Dios y pecador; más aún que mediante una absoluta obediencia se la integra en sí mismo y así la despotencia. El Dios trinitario puede mucho más que muchos teólogos se imaginan». H. Urs von Balthasar, *Ist der Gekreuzigte «selig»?*, en *IKZ Communio* 2 (1987), 108.

Salvación por consiguiente sólo puede ser resultado de la comunicación absoluta, incondicional y definitiva del Absoluto al hombre. Sólo la comunicación real, personal y encarnativa de Dios al hombre en su historia puede ser considerada como salvación. Todo lo demás, siendo necesario, pertenece al orden de las soluciones, urgentes y sagradas por otro lado, ya que están en juego el propio destino y el amor al prójimo. Pero la salvación se refiere al orden de la totalidad, definitividad y gratuidad que la vida humana anhela, necesita y reclama conseguir para ser sana y salva.

Salvación consiguientemente sólo puede ser Dios para el hombre. Ahora bien esa salvación divina tiene que ser ofrecida de manera humana, para que el hombre pueda recibirla y apropiándose la reconocer que es verdadera. Una salvación que no se anticipa ya a la historia, que no se inserta en la forma de existencia y que no redime ya la esperanza y la memoria del hombre no puede ser considerada como salvación digna y propia del hombre. Hay por tanto una humildad ontológica de Dios, que se manifiesta creando libertades partícipes de su plenitud, que tiene que revelarse y concretarse como humildad encarnativa de Dios, quien en su entraña tiene ya la lógica de la encarnación. Esta no tiene que ser vista sobre todo como un portento metafísico sino como una continuación de la creación motivada simultáneamente por la misericordia divina y la miseria humana. Sólo desde la historia del *Deus humilis nobiscum homo*, del Dios con aquella humildad personal capaz de hacerle existir como hombre con nosotros, podemos reconocer que la creación es una acción que no es fruto del deseo, la carencia, la envidia o la voluntad de juego con los humanos. San Agustín centra toda su teología en torno al *Deus humilis*, al *Christus humilis* y a la Iglesia con sus personas, signos e instituciones como *sacramenta humilitatis Verbi*. De esta forma la salvación se convierte en realidad para todos los hombres; y cada uno de ellos puede «realizarla», como realidad vivida; es decir, potencia de vida, idea iluminadora, exigencia activa.¹³

La redención es por consiguiente el resultado de la comunicación absoluta, incondicional y definitiva de Dios a la humanidad en la encarnación. Esta solidaridad de naturaleza y de destino del Hijo con los demás ha hecho cercana, verificable y recibida esa redención de Dios, que suscita una nueva conciencia, promoción y consumación de la vida humana.¹⁴ Redención de todo el hombre por la solidaridad activa de Dios con la historia humana. Digo solidaridad activa y no sólo pasiva. Ya que la vida de Jesús confiere una innovación o posibilidad nueva a la existencia humana. Jesús no es sólo ejemplo o signo sino también es causa, *arjé* y *telós*. Su muerte, padecida en toda verdad, y consumada en la resurrección, invierte el sentido de los poderes que a él le mortalizaron, dándoles a su vez muerte. La resurrección de Jesús se convierte así en la pa-

¹³ Cfr. A. Verwilghen, *Le Christ Jésus source de l'humilité chrétienne*, en A. M. La Bonnardière, *Saint Augustin et la Bible* (París, 1986); Id., *Christologie et Spiritualité selon Saint Augustin. L'hymne aux Philippiens* (París, 1985).

¹⁴ «Desde aquí puede alcanzarse el concepto de "suceso absoluto de la salvación" y del "salvador absoluto" (como los dos aspectos del único acontecer): elemento histórico y personal —no sólo una palabra añadida a la realidad o una promesa puramente verbal— en el que el hombre experimenta su esencia como realmente confirmada por Dios mediante una absoluta e irreversible ("escatológica") donación de sí mismo, quedan aquí afectadas todas las dimensiones del hombre, pues sólo así se da la salvación como consumación del hombre entero». K. Rahner, *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto del cristianismo* (Barcelona, 1979), 349.